

LA RECONCILIACIÓN

Novena catequesis

Para pasar página: la sanación de recuerdos

“No es que ya lo haya conseguido todo, o que ya sea perfecto. Sin embargo, sigo adelante esperando alcanzar aquello para lo cual Cristo Jesús me alcanzó a mí. Hermanos, no pienso que yo mismo lo haya logrado ya. Más bien, una cosa hago: olvidando lo que queda atrás y esforzándome por alcanzar lo que está delante, sigo avanzando hacia la meta para ganar el premio que Dios ofrece mediante su llamamiento celestial en Cristo Jesús”.

(Flp 3, 12-14)

El propósito de enmienda.

El **propósito de enmienda** forma parte del proceso de conversión que el Espíritu Santo realiza en nosotros cuando experimentamos el amor misericordioso de Cristo y acogemos el abrazo sanador del Padre.

No consiste tanto en el esfuerzo voluntarista para evitar pecados sino en una respuesta al Amor que nos ha tocado por dentro: **el Amor provoca amor**. Podemos entender el propósito de enmienda como la fuerza que da el Espíritu de Dios que nos “quita las ganas de pecar”, es decir, nos libera de falsas necesidades y dependencias para buscar el Amor que nos devuelve la vida. Seguimos experimentando nuestra debilidad y pobreza pero **con los ojos fijos en Jesús** que nos ofrece su perdón sin límite y su mano siempre dispuesta a levantarnos y hasta cargarnos sobre sus hombros si es necesario, como Él mismo explica en la parábola de la oveja perdida (Lc 15, 1-7).

Es el propósito de una **fidelidad** a no vivir en soledad en nuestro pecado sino caminar en una total y plena confianza en la Misericordia divina: *“hijos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Y si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el Justo. Él mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero”* (1 Jn 2, 1-2).

En todo esto.... **¿qué lugar juega nuestro pasado?** Pasado y futuro van de la mano en la vida social y de cada ser humano.

El regalo de la memoria

La memoria es un don de Dios. Gracias a ella podemos aprender y construirnos como personas. Guardamos datos, imágenes y también emociones causadas por experiencias positivas y negativas. Como la memoria es un almacén limitado selecciona la información dependiendo de nuestra edad y de las circunstancias que vivimos y de lo que nos aprovecha para nuestro interés.

En el ámbito de la Fe la memoria se convierte en un aliado fundamental: nos enraíza en una historia de salvación anterior a nosotros y mantiene en el presente el paso salvador de Dios en nuestra vida. Ya en el Antiguo Testamento el “hacer memoria” es un buen consejo que el Señor enseña a sus hijos:

*“**Recuerda** el camino por el que el SEÑOR tu Dios te guió durante todos estos cuarenta años en el desierto, para enseñarte a ser humilde, ponerte a prueba y saber lo que tú pensabas: para saber si ibas a obedecer sus mandamientos o no. Él te humilló y te hizo pasar hambre. Luego te dio a comer maná, que ni tú ni tus antepasados conocían, para enseñarte que el ser humano no sólo vive de pan, sino de todo lo que el SEÑOR ordena. Tu ropa no se desgastó y tus pies no se hincharon durante estos cuarenta años. **Recuerda** que el SEÑOR tu Dios te está educando y corrigiendo como un padre a su hijo.*

(Dt 8, 2-5)

Sin embargo, sabemos por experiencia que la memoria se puede convertir también en una fuente de dolor ante determinados recuerdos: sentimientos de vacío, ausencia, miedo, baja autoestima, rencor, rabia, cambios bruscos de humor... Cuando la memoria actúa de esta manera condicionando nuestro presente es la señal de que hay acontecimientos de nuestra vida pasada que nos siguen afectando negativamente y necesitan ser sanados. La memoria actúa como una “alarma” que nos indica que algo está pendiente en nuestro interior y tenemos que solucionarlo.

El consuelo es la medicina de Dios

“Consolad, consolad a mi pueblo, dice el Señor, habladle al corazón de Jerusalén” (Is 40,1).

La voluntad de Dios es consolar, es decir, hacerse compañero de nuestro camino y ofrecer su amor sanador, especialmente en las dificultades. Las experiencias negativas que permanecen en la memoria haciendo daño **reclaman amor**; en el fondo, las “heridas de la vida” son ausencia de amor en un momento y en unas circunstancias donde lo hubiéramos necesitado y no lo recibimos. Cuando hemos sentido ausencia de consuelo, normalmente tratamos de salir hacia adelante usando mecanismos de defensa: rencor, aislamiento, mentira, miedo, desconfianza, culpabilidad... Las heridas que no son curadas sacan lo peor de nosotros mismos sin entender lo que nos pasa.

Los dos caminos fundamentales a través de los cuales Dios nos ofrece su consolación son **la oración y la amistad**. Los dos son necesarios y a la vez complementarios.

-Oración: necesitamos pedir a Jesús el regalo de la sanación. Generalmente, **delante del Señor en la Eucaristía** es el lugar donde sucede más fuerte la acción del Espíritu Santo para hacer sus milagros en nosotros.

En primer lugar el Espíritu Santo nos ilumina sobre aquello que nos sucede trayéndolo a la memoria. Necesitamos identificar y poner nombre a aquella experiencia que nos hizo daño y descubrirla en toda su verdad. Poco a poco vamos recordando y profundizando hasta llegar a la raíz. Pero este recuerdo lo hacemos en un ámbito de amor donde no nos sentimos juzgados sino amados, comprendidos por Jesús. El Señor por nosotros se hizo **“varón de dolores y sabedor de dolencias...sus heridas curaron las nuestras”** (cf. Is 53,4-5). Estamos con Alguien que sabe lo que nos sucede porque Él mismo lo hizo suyo y se lo llevó a su cruz para consolarnos y liberarnos de los efectos traumáticos de esa experiencia. Con paciencia las emociones negativas van cambiando en paz.

-Amistad: La amistad es el regalo de Jesús disfrazado de personas que nos quieren y se convierten en “cirineos de nuestras cruces”. Antes o después necesitamos expresar y compartir con alguien lo que nos ha pasado, lo que sentimos en nuestro interior y poner en manos de Jesús a través de esas personas lo que nos sucede. Verbalizar es sacar hacia fuera y liberarnos de lo que tenemos oculto y encerrado. El Señor se sirve de los buenos amigos para ofrecernos el acompañamiento que necesitamos, con ternura y calor.

Hoy incluso en algunos grupos de la Iglesia se hacen “oraciones de sanación” donde los hermanos rezan sobre la persona para que Jesús pase sanando sobre los recuerdos que nos hacen daño... y suelen ser muy eficaces. Dice el apóstol Santiago: *“confesaos unos con otros y orad unos por otros para que os curéis”* (St 5,16). La oración y la escucha paciente y serena es expresión del consuelo sanador de Dios.

El Espíritu Santo suele llevarnos de la mano al **Sacramento de la Reconciliación** como momento importante de los procesos de sanación. Después de la oración donde nos ha dado “luces” sobre lo que nos pasa y haberlo compartido el corazón está dispuesto para que el abrazo del Padre en el Sacramento nos cure completamente. Estamos preparados para dejarnos abrazar, querer y recibir de Dios su fortaleza que nos restituye del daño de nuestras heridas. De alguna manera, la oración y la amistad nos han devuelto la identidad de hijos pequeños, “pródigos” que se ponen en camino desde la humildad y la sencillez para buscar en el Padre el amor que necesitan. Nos sentimos vulnerables pero confiados en un Amor que no defrauda.